

salza un caballero castellano; personifica siempre la majestad real, que no se anubla ni eclipsa en la desgracia.

E Illán se puso de rodillas ante Boabdil hasta que se dignó éste levantarlo con sus propios brazos. Y después de haberle ofrecido reverentemente sus servicios y demandándole su venia, salió para comunicar á sus compañeros la presa que tenían entre las manos.

CAPÍTULO XX.

Inútil decir el regocijo con que los reyes cristianos recibirían la noticia del anonadamiento infligido por nuestras lanzas al triste y deschichado rey moro. Toda España, todas sus regiones, ardieron á una en la natural alegría, que procuraba, no sólo el triunfo conseguido, el presagio de otros muchísimos valederos y fecundos. La cautividad inesperadísima de Boabdil, á un mismo tiempo destruía esperanzas en el ánimo de los mahometanos y agravaba discordias en sus últimas poblaciones y en sus maltrechas huestes. Hallábase, al recibir la noticia, Fernando en Córdoba, mientras Isabel en Castilla. La ausencia de la reina impedía tomar aquellas grandes resoluciones, militares y políticas, en las que todo lo intuitivo é inspirado provenía de la mujer, mientras todo lo maduro y reflexivo provenía del marido; contribuyendo así las sendas oposiciones morales é intelectuales, que ha

puesto Dios en el alma y en el temperamento de los sexos, á la mejor dirección y armonía de aquel glorioso Estado. En cuanto Fernando supo lo acaecido, vió con fijeza todo lo que podía sacarse del acaecimiento para dividir más aún á los árabes y acelerar aún con mayor celeridad el anheladísimo y pronto desquite cristiano. Su primera disposición tendió, pues, á la seguridad completa del apresado en su poder, mandando la traslación á Córdoba con buena guardia, dirigida por el Alcaide inmortal de los Donceles, general en jefe de la batalla lucentina, y celada por el ojo avizor de Illán, el cual no se apartaba un punto del regio prisionero, trocado, merced á la dulzura, que tanto cuadra de suyo á los héroes, en amigo del mismo á quien debía celar. El tránsito desde Lucena y su castillo á Córdoba y sus alcázares no podía menos que resultar doloroso para el representante de aquella heroica raza, que consiguiera tantos lauros allí, en aquellos sitios llenos de recuerdos gloriosos, unguidos por la sangre de los suyos, resplandecientes con cien inenarrables victorias, y ahora depuestos del amparo de sus antiguos dueños y entregado á los infieles cristianos. El número de caballeros españoles, que armados de todas armas, vestidos con sus mejores preseas, blasonados con heráldicos escudos, testimonio de su alcurnia; ese número brillantísimo, que circuía y acompañaba, caracoleando en sus corceles, al cautivo, servía tan sólo de ornato á la triste rota mahometana y de realce á la gloriosísima vic-

toria católica. Algunas veces los reyes de Granada se habían dignado acudir á las capitales de Castilla, como Alhamar y otros, bien para suscribir un pacto, bien para prestar un homenaje, pero siempre libres y soberanos, gozando con orgullo de sus privilegios, y escondiendo la humillación en el esplendor de su lujo y en las apariencias de su autoridad. Pero, en aquel entonces, el rey granadino, aunque todavía cargado con su corona y con su cetro; aunque todavía dueño y señor de su hermosísimo reino, iba como un siervo, tanto más humillado, cuanto de más alto caído, sin corte, sin ejército, sin harén, sin consejo áulico, sin sacerdotes para sostenerle y dirigirle, víctima de tristísima desventura y atraillado con otros cautivos al trono de los que llamaba él, allá en su interior, implacables y protervos tiranos. Pero estos tiranos, aborrecidos con tan sañudos odios por la gente árabe, todavía tomaban precauciones á favor de la víctima, presentada por el destino como un holocausto á sus grandezas, y prescribían en leyes claras, con buen acuerdo, á todos sus vasallos respeto religioso al vencido, aunque perteneciese á religión tan aborrecida de todos ellos como la religión del Profeta, y llevase tintas en sangre castellana las manos. Perplejo, se detuvo algunos instantes el rey á reflexionar sobre si debía ó no adelantarse con gran séquito en el camino para ver á su cautivo, dándole así apariencias de huésped. Pero se arrepintió bien pronto; y se recató á su vista en la

presencia de todo el pueblo, para que sólo se tomasen sus finas obsequiosidades por un refinamiento de bárbara crueldad.

Pusiéranle, pues, á buen recaudo en señorial palacio de Córdoba y bajo la custodia eficaz de una respetable y numerosa guardia. El cargo concedido primero á Illán por el afecto de sus compañeros quedó luego confirmado por la gracia y aprecio de su rey. Las angustias que á Boabdil causaba el espectáculo de todo cuanto le circuía no pueden referirse ni contarse. Imaginaos un cristiano, que después de haber llegado al sepulcro de Cristo; un hebreo, que después de haber llegado al templo de Salomón; un ismaelista, que después de haber llegado al santuario de la Meca, se hallasen á una con que, teniéndolos cerca de sí, á los alcances de su mano y de sus ojos, no podían ver aquellos objetos de su culto, aquellos imanes de su amor, aquellos sitios consagrados por su religión, aquellos centros de su alma, y aquellas peanas de su Dios. Córdoba eclipsó á Damasco y á Bagdad en la memoria de los árabes. Por las regiones de Oriente, su nombre corría como el nombre de la vieja Samarcanda por las regiones de Occidente. Sus jazmines olían como aquellos que adornan las terrazas y azoteas de las sultanas asiáticas; sus terebintos y sus cipreses hallábanse consagrados en la fe semítica cual estarlo pudieran los cipreses y terebintos cantados por la profética judáica; sus palmas se entrelazaban con las palmas crecidas en

Damasco y se ofrecían de incentivo á los héroes y de premio á los mártires; volaban sus canciones y su música por todos los harenes, lo mismo á las orillas del Darro que á las orillas del Nilo, y lo mismo á las orillas del Nilo que á las orillas del Eufrates; en sus torres y en sus minaretes se habían posado las estrellas para contar secretos de los cielos y se habían visto subir á las alturas en cifras matemáticas, las fórmulas explicativas del Universo; en su califato, los Abderramanes habían fundado un imperio de Occidente como nunca lo viera el Oriente; al pié de sus cordilleras habían surgido palacios, como no los ideara la imaginación árabe para sus fábulas y cuentos; en sus mardrisas habían resonado los comentarios más profundos á las leyes del Profeta; y cuando se quería cumplir un verdadero voto por gente musulmana, prometíase una peregrinación á la Zeca y sus santuarios, tan sacra como la Meca y los suyos, por las oraciones que desde sus arcos habían subido á Dios y por los milagros que á causa de su intercesión Dios había obrado por ella y para ella en la tierra. Boabdil soñó mil veces con la reconquista de Córdoba, ofrecida en desagravio á los manes ilustres de sus predecesores y de sus abuelos. Así, cuando cerraba los ojos como para mirar á su interior, en los momentos largos de completa y absoluta soledad, como viese con el espíritu que se hallaba en Córdoba, sin serle dado ni redimir-la ni rescatarla, para devolverla con amor á los

mismos que la poseyeran en otro tiempo con gloria, indignábase contra sí mismo; y rechinando los dientes, volvíase por todas partes á preguntar qué fuera de su ejército, compuesto por una juventud coronada de risueñas esperanzas; y al verla segada en flor; tendida por los surcos del camino, profanada y sin sepultura, partidos los escudos, rotas las lanzas, dispersos los turbantes, horrorizados los corceles que despedían humo de su cuerpo y relinchos de sus narices, semejantes á quejas, arrastrados por las aguas de un mísero torrente los blasones de cien estirpes moras, enfureciase hasta dementarse y reclamaba con imperio al ángel que aniquila, pero que también alivia y consuela, el don á un tiempo nefasto y fausto de próxima y pronta muerte.

Conociendo Illán el estado abatidísimo del rey, procuraba por todos los medios imaginables distraerle y divertirle de sus íntimos pensamientos. Desde la hora y punto que llegó á Córdoba, no pensaba otra cosa Boabdil sino ver la grande Aljama, que fundó Abderramán, y engrandeció Almanzor. Aunque del pecho se le saliera el corazón y se pisara las entrañas bajo los propios pasos que le condujeran al templo de Occidente, cada vez Boabdil se conformaba menos con haber estado en Córdoba sin ver el santuario de sus padres. Así buscaba miles de industrias, que le diesen, por último resultado, el cumplimiento de tan ardoroso deseo. Cierta noche, mientras el ilustre carcelero le ayu-

daba caritativamente á pasar la enorme vigilia, jugando en su compañía, con apariencias de grande y solícito cuidado al ajedrez, Boabdil suspendió el juego, y trajo á las mientes popular historia de la fe puesta por cierto caudillo cristiano en la palabra de un caballero musulmán. Efectivamente, contábase que, andando por extraviados caminos, un gentil-hombre andaluz, dió de manos á boca, en una grande soledad, con apuesto caudillo árabe, de suma riqueza y de alto linaje, según podía colegirse por su talante y por sus vestiduras. Llevóselo consigo y lo presentó, al dar varias referencias de los despojos ganados en los combates diarios, como rica presa de subido precio, por la cual podían pedir tanto él como sus camaradas cuantioso rescate. Al llevarlo en su compañía, y recluirlo en su fortaleza, notó que se quejaba el moro indeliberadamente y sin conciencia, mostrando, mal de su grado, en las mejillas candentes lágrimas, las cuales dejaban á una en el curtido rostro, rojo rastro de fuego. No podía un caudillo de raza tan ilustre y tan guerrera, como las razas musulmanas, llorar al impulso de fútiles motivos en guisa de cuitada hembra. Necesitábase que la pena fuese muy honda para que brotara por los ojos y cayera sobre la faz en lágrimas deshecha. Notólo el castellano y le preguntó qué tenía. Y entonces el cuitado moro, abriendo al aprehensor su corazón, le contó cómo iba en aquella noche á cumplir un juramento de amor prestado á hermosísima y joven mora, de cuya vida estaba pendiente la pro-

pia. Dolióse mucho el castellano de tal duelo, y le preguntó con cariño, qué podía, en tamaño trance, hacer por su alivio. No vaciló el árabe mucho tiempo para la respuesta, pues, á fuer de buen enamorado, tenía en su inteligencia trazadas todas las industrias conducentes al cielo de su amor. Y le dijo que por su fe, por su honra, por su alcurnia, por su Profeta, le dejara partirse, y ver á su amada, en la seguridad absoluta de un regreso prometido por las más sacras promesas y sancionado con las más religiosas invocaciones. Grandísima perplejidad cayó sobre la conciencia del cristiano al oír la pretensión del árabe. Presentado á sus compañeros de fatigas por el aprehensor; inscrito en la lista de los despojos aprovechables; puesto ya su rescate á precio; la fuga, consentida por el caudillo, podía traerle á éste seguramente la muerte. Y un joven musulmán é infiel, de corta vida y de ninguna historia, desligado por completo de las cadenas que lo ceñían al vencedor y encadenado por los brazos de una mujer idolatrada, su primera pasión, debía sentir poco deseo de cumplir su austera palabra y mucho de satisfacer su gusto sensual. Pero el castellano, en su altivez nativa, en su caballerosidad y en su nobleza, comprendió que si él dudaba del cumplimiento de aquella palabra, podía dar margen á que se le creyera incapaz de cumplir la suya, y sin decirle apenas cuánto arriesgaba en conceder la libertad pasajera y accidental á un cautivo, tomóle con solemnidad el juramento de volver y le concedió amplia

suelta. Imagináos el moro arrancado al cautiverio; caballero en su corcel, que se diría, por lo rápido, aligero, devorando el espacio á su antojo; con el aire de la campiña en su pecho y la luz aumentada por su libertad en la retina; y fácilmente podéis comprender cómo no sentiría, no, grandes impulsos al cumplimiento de su palabra. Y luego, vedlo llegar á la vista del cercado querido, por un ajimez lanzar la escala de seda para precipitarse resuelto en brazos de su amada, sangre de su corazón, aire de su pecho, luz de su mirada, idea de su pensamiento, alma de su alma. Y cuando más rendida se hallaba esta, y más entregada con efusión á sus caricias, tener que decirle cómo había de volver y someterse á un vencedor en prenda pretoria, el que retendriale para venderlo por públicos mercados, cual mísero despojo de la guerra. Parece que la naturaleza, en su pequeñez y contingencia, no puede cumplir estos actos de abnegación y sacrificio. Pues el moro los cumplió renunciando á la libertad, al amor, á la patria y á todos los bienes del mundo por servir su palabra; rasgo, que le valió el afecto de sus propios enemigos y un renombre inmortal en la historia. Pues bien, Boabdil no pedía que Illán le dejase apartarse del Guadalquivir para irse á las orillas del Darro y abrazar á su Moraima, pedíale tan sólo que le permitiese, allá en la silenciosa noche, cuando solamente velan los buhos y todavía no se han despertado las alóndras, escaparse unos momentos á su regia prisión y entrar en el templo de sus padres,

ofreciéndoles el holocausto de su martirio y el tributo de sus lágrimas. No podía Illán, á fuer de cumplido caballero, negarse á esta demanda, y sólo pidió la venia de acompañarlo, prometiendo el dejarle solo bajo aquellos arcos y entregado en su soledad sublime al culto y religión de los antiguos recuerdos y de los propios pensamientos. No podía suceder de otra suerte.

Clara noche hacía en Córdoba y sus campos. La blanca luna emulaba con sus plateados rayos la deslumbradora lumbre de un día verdaderamente andaluz. A sus destellos columbrábase la sierra, menos luciente y multicolor que al sol, pero mucho más misteriosa, y por lo mismo, mucho mayor en el misterio y en las sombras. Podían distinguirse muy bien, á tal iluminación, los granados con sus rojas flores de los olientes limoneros con sus blancos azahares. Podía verse, con todo su bello dibujo, la palmera, ostentando sobre la recta columna de su tronco el cogollo de las verdes palmas, vibrantes al soplo de la dulce brisa, que descendía, por bocanadas de aromas perfumada suavemente, desde las cumbres cubiertas de tomillo, salvia, romero, alhucema y rosas, al valle poblado alegremente de viciosas florestas. No ha visto vegetación lujuriosa en Europa quien por desgracia suya no ha visto vegas andaluzas en Abril y Mayo. Los trigos, de colmadas espigas, y de purpúreas amapolas, y de amarillentos jaramagos; las habas ceñidas por sus flores de pétalos blanquecinos encerrados en oscura co-

rola; el arbusto henchido de gomas, mieles, esencias; el seto rebosando savia; los inciensos de tantos cálices abiertos sobre las guirnaldas de follaje; los enlaces del castaño y del pino allá en las alturas con los mirtos y las adelfas orientales que bordan el torrente; la oliva oscura sobre los cactus del nopal erizado por espinas múltiples y del aloe con sus ramas erguidas en forma de candelabro; todo envuelto en exhalaciones de perfumes y en coros de avecillas trastorna el sentido con voluptuosidad, y hace que los jugos del campo penetren por las venas del cuerpo y presten grande impulso, así á los afectos como á los pensamientos del alma. Pues imagináos, en medio de tal vegetación, á orillas de su río, en hermosa noche de Abril, bajo la luna plena, por los ruiseñores bendecida y aclamada en serenatas sin fin, á Córdoba la Sultana. Sus puentes parecen al argenteo de la luna y al negror de las sombras como si fueran de marfil y azabache. Las almenas de sus muros, las agujas de sus torres, las cresterías de sus iglesias, los minaretes de sus palacios mudejares, los arcos de sus patios moriscos, las rotondas de sus aljibes semitas, las azoteas de sus caseríos árabes, el culebreo de su río en la llanura, los terebintos de sus jardines, los cipreses de sus contiguos cementerios musulmanes todos profanados, los grupos de sus palmeras levantándose tras los altos miradores cubiertos de celosías, las columnitas de sus ajimeces alicatados, realizábanse así al rayo de la luna como

al coro de los ruseñores y de los cuclillos en aquella voluptuosísima noche. Naturalmente se respiraba con tal facilidad y se vivía con extraño regocijo en aquel suelo de verdaderas delicias, en aquel clima de suavidades y templanzas, en aquel edén de voluptuosidad que los caballeros Boabdil é Illán, á quienes seguiremos nosotros los pasos, iban como conducidos en alas de los tibios vientecillos, según lo rápido y ligero de su marcha por aquellas calles misteriosas. El cristiano había tomado la precaución de vestir á su prisionero y amigo por el modo español, y disfrazarlo con blasones de Castilla, y encubrirlo bajo una visera de tupido y áureo herraje, perfectamente damasquinada, y capaz de ocultarlo más aún que cualquier máscara. Con verdadero gusto había querido que Boabdil pudiese gustar de cuantas emociones apeteciera su pecho viendo la increíble aljama, primero en su exterior al rayo de la luna, y después en su interior á los albores de aurora bien rosada y espléndida. Conforme se iba el Sultán granadino aproximando á la mezquita cordobesa, faltábale como su sentido natural, como su razón propia, como su espíritu íntimo, y sentía vértigos, cual si mirase desde alturas inaccesibles al oscuro fondo y sima de abismos insondables. La sangre le martilleaba en las sienes y casi casi quería como escapársele del corazón, cual sus ojos le saltaban de las órbitas. Illán, á fuer de caballero español, no igualaba nunca la distancia mediante de suyo entre un monarca, por vencido y humillado

que se hallase, y un noble, por alto y rico y vencedor que fuera; y apartado siempre respetuosamente del prisionero, en aquella ocasión, se apartó mucho más, á fin de que pudiera fácilmente creerse como solo y darse sin rebozo en la soledad al culto de sus íntimos pensamientos.

—¡Oh, Alah!— Exclamó Boabdil viendo la mole del templo agrandada por la mezcla de sombras y de luz en aquella espléndida noche. — Prospera los días de tus creyentes y haz que recobren por tu orden soberana cuanto han perdido por intervención del genio malo, resuelto á perseguirnos y á perdernos. Azazil, hermoso ángel, enviado por el Eterno á sembrar, como áureo trigo, los mundos luminosos en los surcos del espacio desierto, durante los primeros días de la creación universal, y que, no habiendo querido prestar homenaje al primero de los Profetas, al viejo Adán, cayó en los infiernos, donde pugna todos los días por volver á su pristina pureza, debió sugerirte con su idea y con su soplo el pensamiento, Abderramán, de levantar este grandioso templo, cuya sombra podía redimirlo y salvarle penetrando hasta dentro de las llamas eternas donde se abrasan los diablos y convirtiéndolas en lumbré celestial donde se doran los soles. Tus enemigos, los abasidas, te habían condenado á muerte segura entre los noventa omeyas, los noventa deudos tuyos, reunidos en banquete de alegría y degollados al filo de voraces alfanjes. Tú solo te salvaste, sólo tú, entre todos los tuyos, atravesando á

nado las aguas del Eufrates divino. Quién te hubiera dicho, cuando ibas errante por el desierto infinito, sin cimitarra ni caballo, con la leche de camellas y el dátíl de las palmas por todo alimento, las aguas del oasis por toda bebida, las copas de los árboles por toda tienda, fugitivo á la cólera de los califas usurpadores y á la rabia de los animales feroces, que habías de levantar sobre moles de granito este laberinto de intercolumnios y arcos y techos, donde las maderas de alerce y cedro y sándalo debían resplandecer embutidas con guirnaldas de marfiles, con ramos de perlas, con estrellas de oro, con iris de mosaicos multicolores, con hermosísimas entalladuras comparables sólo á las puestas por los ángeles en los tronos del Eterno, allá por las cimas del Paraíso; quien te hubiera dicho esto, de seguro le creyeras loco y fascinado por terrible alucinación llena de fantaseados embustes. No, no fuisteis, no, Califas de Córdoba tan grandes por vuestras conquistas y por vuestras victorias; no resplandecíais en la Ruzafa, cuando los capitanes os llevaban atrahillados los negros del desierto y los blancos de Afranc; cuando Bizancio y sus emperadores griegos, Aquisgran y sus emperadores latinos, expedían á vuestro palacio ricas y numerosas embajadas; cuando, allá en la fortuna próspera, desde las ciudades que se miran como en claro espejo en el Estrecho de Gebel-Tarik, hasta las ciudades que se miran en los ríos francos descendidos del alto Pirineo, os prestaban vasallaje;

cuando extendíais vuestro imperio de mar á mar, desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la desembocadura del Ródano; y teníais temblorosos en vuestra presencia á los Estados italianos, y sospechando Roma caer con toda su majestad y toda su grandeza, en vuestros harenes; cuando innumerables ejércitos saludaban las enseñas cordobesas é innumerables siervos besaban las huellas de vuestros piés; sino cuando alzásteis aquí esta selva de columnas, donde se guardaba el santo libro de los musulimes, y se oían resonar, á manera de fragorosos truenos en los cielos altísimos, las esplendentes suras del Profeta. Ya veo el vestibulo, poblado de limoneros, donde corre, sonora y clara, la fuente de las abluciones; el alhamí, en que los fieles depositan sus babuchas para entrar con piés desnudos y lavados en el recinto sacro; la torre altísima, y sus esferas de plata y oro, y sus astrolabios de bronce, á los cuales tantos secretos confiaran los astros; las veinte puertas damasquinadas y relucientes, como si abrieran paso al Empíreo; los alicatados tan ligeros como grecas de aéreos encajes ó como alas de brillantes mariposas; el suelo, por tan prodigiosa manera labrado, que se retratan en su brillante superficie las bóvedas y techumbres, al modo que se retratan los horizontes espléndidos en las albercas cristalinas; los millares de columnas, arrancados á todos los edificios del mundo y puestas aquí de hinojos como un coro de sacerdotes, encargados de

sostener sobre sus cabezas el sacro templo de Alah y su Profeta; los dobles arcos, estos de horizontal herradura, bizantinos aquellos, semejándose con sus pintadas cresterías á chales persas circuídos de caireles, y á una tienda esplendorosa de katay; las dobelas y archiboltas, los tímpanos y entrepaños, de caprichosas hojaráscas, en que resplandecen los lotos indios, los acantos griegos, los lirios y los tulipanes árabes; el santuario precedido de ajimeces, que se asemejan á velos de áureas gasas formados por arreboles del sol poniente y nubes encendidas en el ocaso, santuario embutido en leyendas cúficas, rematado por inmensa concha de nácares, llovido de piedras preciosas desparramadas entre follajes de plantas que diríais traídas de otro mundo á la tierra; la maxura, ó el sancta sanctorum, cubierta de lápiz lázuli, que recordaba la Toba, ó sea el árbol maravilloso, cuyas ramas componen el solio de Dios; y por todas partes, las innumerables lámparas componiendo como constelaciones en clara noche de Arabia; los pebeteros, despidiendo mirra é incienso; los fieles, vestidos todos de blanco y levantando los brazos á las alturas eternas; los santones repitiendo el nombre de Dios; con todo lo cual se forma y se condensa en los encendidos aires, como en los cielos de África y de Asia los lagos fantásticos y las selvas de vapores y de reflejos, una visión, tras la cual aparecen los arcángeles con sus cascos de luz; las huríes con su hermosura incomunicable; los Profetas leyendo en sus

libros eternos; y hasta la faz, invisible á las criaturas, de nuestro divino Criador.

Por un momento Boabdil solo había visto la mezquita con los ojos de su espíritu, á pesar de tenerla delante. Las maravillosas descripciones, leídas en el seno de su palacio y guardadas en el fondo de su memoria, transportábanle al tiempo de la musulímica grandeza. Y así como le hacían olvidar su propio infortunio y su largo cautiverio, hacíanle olvidar también los cristianos signos puestos por los vencedores, allí, en la capital obra musulmana. Poco á poco la luz material del nuevo día vino á sacarle de su estupor, y á decirle cuánto habían cambiado los tiempos, y cómo el mirab de los suyos habíase reducido á un mero trofeo más de las victorias cristianas. La luz del alba le mostró los sepulcros de los adalides castellanos sobre los pavimentos hollados tantos siglos por las plantas de sus hermanos; el Evangelio puesto en los mismos sitios, donde se hallaba colocado antes el Korán; la Cruz entallada entre las leyendas cúficas; los arcos ojivales subiendo gallardos por alturas inaccesibles; las Vírgenes y los Santos reemplazando á las huríes que había él visto en la fascinación de sus recuerdos y de sus ensueños; los vidrios de colores iluminando el santuario de un Dios espiritual y humano, vencedor, no por haber inmolado con cimitarras cortantes á sus enemigos, sepultados en los campos de cien batallas, por haberse ofrecido en holocausto á los demás hombres

pasando por todos nuestros dolores y muriendo de nuestra misma muerte. Boabdil forcejeaba con furor bajo aquella triste realidad, sin querer ni conocerla, ni menos proclamarla. Delante de la victoria conseguida por nuestra fe, aún esperaba que aquel Dios suyo, eterno, infinito, omnipotente, predominase algún día sobre un Dios sujeto á las tristezas humanas como el Dios de los católicos. Acostumbrado á ver el santo de los santos, el fuerte de los fuertes, el sabio de los sabios, circuido por sus legiones angélicas de combatientes y victorioso en cien guerreras empresas, no podía, no, imaginarse que superara y venciese á este león del desierto, el mísero corderillo del Calvario. Pero bien pronto le sacaron de tales cavilaciones las campanas, que repicaban á Páscoa florida; los sacerdotes, que decían y entonaban aleluyas y hosanas innumerables; los versículos del Evangelio, que subían sobre la techumbre de la grande Aljama y sobre las agujas de la catedral gótica para unir el hombre con el cielo é identificar el Verbo creador con la pobre criatura. Boabdil, por fin, reconoció, tras sus grandes alucinaciones, que prisionero él de los reyes castellanos y prisionera su Aljama de la catedral gótica, no quedaba esperanza ninguna para el Korán. Y calándose la visera y envolviéndose con cuidado en el rebozo de su manto, volvió de nuevo á su triste prisión y á su desapacible cautiverio.

CAPÍTULO XXI.

Inútil encarecer el terror que difundiría en la morada regia de los soberanos granadinos la noticia del desastre horroroso en Lucena y de la deshonorosa cautividad en Córdoba. Boabdil se lo había imaginado en su dolor, y descrito lo allá en las hondas reflexiones de su pensamiento. Pero lo real excedía en mucho á lo ideado. Moraima, la dulce Moraima, fué desde tal punto y hora como una especie de cadáver. Aquel corazón, de suyo tierno, apenas podría comprender cómo el destino la probaba en términos de haber reducido el esposo á esclavo y el padre á cadáver en tan horrorosa catástrofe. Así, desde que supo toda la verdad amarga de su tristísima suerte, no perteneció realmente á los vivos; casi perteneció á los muertos, sucediéndose un desmayo á otro desmayo, pero tan duros é intensos, que parecía en su rigidez y en su inmovilidad, como acabada y extinta. Si recobraba